

Una ruta aguda de incomprensiones, dura de luchas, ásperas de esfuerzos, pero imperial al fin. El camino de un «peligroso vivir». («Si avanzo, seguidme. Si retrocedo, matadme. Si muero, vengadme»).

Como avanzó, sólidos los puños, limpia la mirada, férrea la voluntad, le siguió su pueblo. Que el pueblo cuando tiene fe en una justicia y siente la mano vigorosa y firme, sigue siempre. Porque instintivamente sabe que «si quiere vivir debe desarrollar empeño de fortaleza. De lo contrario vegeta y mal vive y será presa de otro pueblo más fuerte en que la voluntad de poderío esté más desarrollada».

Entre un despacho y otro despacho, toda la Italia fascista. Ese campo inmenso en el cual millones de hombres se alinean silenciosamente sobre la tierra, sobre el mar, en el cielo, en la escuela, en los estadios, en las Iglesias, «para el grande sacrificio de la vida, para la regeneración de la estirpe, para la eternidad latina, para la gran batalla que tendrá lugar mañana o nunca».

Y de un despacho a otro despacho nuestro peregrinar a través de un mundo abierto. Tendido a nuestra comprensión con comprensión. A nuestro interés con interés. A nuestro vibrar con un vibrar (Franco... Franco... Franco...) que despierta ecos en el Foro Mussolini y temblores en el vuelo de las palomas aldeanas.

A orillas de nuestro camino, ofrenda de manos del campo, las frutas mejores. La miel y la nata. La «polenta» sabrosa. Y el trigo entre lazos amarillos y rojos. Son las Massaie Rurali, amas de casa labriegas, encuadradas en el Fascio femenino, elevadas por el saber, dignificadas con rango de productoras nacionales en su condición de cultivadoras modestas, las que nos salen al paso.

Y es la juventud de Orvieto la que en español nos canta de primaveras y luceros. Y son los estudiantes los que bajo sus pañuelos azules nos enseñan el yugo y las flechas. Y los Sindicatos los que reclaman nuestra presencia. Y los obreros de las fábricas

cas y los dependientes y los oficinistas los que tienden su carnet a Pilar Primo de Rivera.

En modestas tienduchas de Florencia, de Torino, de Milán y de Palermo, hemos visto retratos de Franco y de José Antonio. (¡Oh el entusiasmo de los legionarios!). El pueblo italiano, —«esa masa física de carne y de hueso, de niños, mujeres, hombres y ancianos», como nos la ha definido el Duce—se ha ceñido espontáneo al paso de nuestras camisas azules y con ternura o dureza nos ha apretado las manos. Y en todos los dialectos se nos ha hablado de España. Y en todos los rincones se querían saber cosas.

Y nosotros, con callada emoción, respiramos el hálito fuerte del alma de Italia. Y hasta en los detalles más nimios de contactos imprevistos y sucedidos fuera de todos los programas, percibimos la mística magnífica de ese «pueblo que sube». Sentimos y estudiamos. De la Academia Farnesina, al hogar infantil. Del Palazzo Littorio, al Grupo Rionale. De la Real Academia, a la escuela para amas de casa labriegas. Del Dopolavoro lujoso, a la «casa gioiosa» del barrio modesto. Y vemos el niño robusto y encauzado, la juventud triunfante, la madre atendida, la vivienda digna, la vejez segura. Y, al alcance de todos, el estadio y el aula, la sonata y el libro. Y sabemos de nuevo que en un Estado fascista el sudor de la frente no tiene ya como único pago la mezquindad de lo indispensable—materialismo—sino la anchura de lo superfluo—espiritualidad.

El Fascio nos mostró su ruta entre un despacho y otro despacho. Con su fiero desarraigar por un lado. Con su soberbio dar por otro. Pero siempre con su exigencia: «¡Credere, obedire, combattere!».

Hemos visto y hemos sentido la fuerza de ese pueblo de trabajo y milicia. (De yugo y de flechas). Y en la mente traemos grabada una familiar consigna: «Las armas solas no bastan sin el espíritu», pero «el derecho si no está acompañado de la fuerza, es una vana palabra».

Y el surco lo traza el arado, pero la espada lo defiende.



«Es otro despacho palaciego y enorme, tras hileras de salones palaciegos. Es una mesa sencilla, lisa, casi pequeña, con su carga de papeles y sus libros abiertos. Y es una lamparita verde—aquella que describió José Antonio—junto al ventanal abierto sobre el rumor de Roma.»